



La Palabra de Cristo nos transforma

18/09/2010

Evangelio: *Lc 8,4-15*

En aquel tiempo, mucha gente se había reunido alrededor de Jesús, y al ir pasando por los pueblos, otros más se le unían. Entonces les dijo esta parábola: "Salió un sembrador a sembrar su semilla. Al ir sembrando, unos granos cayeron en el camino, la gente los pisó y los pájaros se los comieron. Otros cayeron en terreno pedregoso, y al brotar, se secaron por falta de humedad. Otros cayeron entre espinos, y al crecer éstos, los ahogaron. Los demás cayeron en tierra buena, crecieron y produjeron el ciento por uno". Dicho esto, exclamó: "El que tenga oídos para oír, que oiga". Entonces le preguntaron los discípulos: "¿Qué significa esta parábola?" Y Él les respondió: "A ustedes se les ha concedido conocer claramente los secretos del Reino de Dios; en cambio, a los demás, sólo en parábolas para que viendo no vean y oyendo no entiendan. "La parábola significa esto: la semilla es la palabra de Dios. Lo que cayó en el camino representa a los que escuchan la palabra, pero luego viene el diablo y se la lleva de sus corazones, para que no crean ni se salven. Lo que cayó en terreno pedregoso representa a los que, al escuchar la palabra, la reciben con alegría, pero no tienen raíz; son los que por algún tiempo creen, pero en el momento de la prueba, fallan. Lo que cayó entre espinos representa a los que escuchan la palabra, pero con los afanes, riquezas y placeres de la vida, se van ahogando y no dan fruto. Lo que cayó en tierra buena representa a los que escuchan la palabra, la conservan en un corazón bueno y bien dispuesto, y dan fruto por su constancia".

Oración introductoria:

Señor, los afanes, los entretenimientos, las riquezas, el materialismo, los placeres de la vida, los problemas... todo esto puede ir ahogando la semilla de mi fe hasta sofocar la vida espiritual. Concédeme orar de tal forma que pueda ver con claridad cuáles son esas piedras, esos espinos en mi vida y qué es lo que seca la tierra de mi alma y me impide dar frutos de oración, de apostolado, y de caridad.

Petición:

Jesús, concédeme vivir muy unido a ti, para dar muchos frutos para la misión.

Meditación:

"En una célebre parábola, Cristo se compara con el sembrador y explica que la semilla es la Palabra: quienes oyen la Palabra, la acogen y dan fruto, forman parte del reino de Dios, es decir, viven bajo su señorío; están en el mundo, pero ya no son del mundo; llevan dentro una semilla de eternidad, un principio de transformación que se manifiesta ya ahora en una vida buena, animada por la caridad, y al final producirá la resurrección de la carne. Este es el poder de la Palabra de Cristo. Queridos amigos, la Virgen María es el signo vivo de esta verdad. Su corazón fue 'tierra buena' que acogió con plena disponibilidad la Palabra de Dios, de modo que toda su existencia, transformada según la imagen del Hijo, fue

introducida en la eternidad, cuerpo y alma, anticipando la vocación eterna de todo ser humano. Ahora, en la oración, hagamos nuestra su respuesta al ángel: 'Hágase en mí según tu palabra', para que, siguiendo a Cristo por el camino de la cruz, también nosotros alcancemos la gloria de la resurrección" (Benedicto XVI, 15 de noviembre de 2009).

Reflexión apostólica:

La semilla que estamos llamados a repartir es Cristo mismo, es a Él a quien tenemos que dar a los demás. Para ello, necesitamos llenarnos del Señor. Busquémoslo en la escucha, en la lectura y estudio de la Sagrada Escritura, en la meditación personal, en los sacramentos y en la vida diaria. Ya sabemos cuál es el camino del apóstol del *Regnum Christi*: hundirse en el surco y dar la vida por amor.

Propósito:

Hacer uso de las cosas en tanto en cuanto me ayuden a alcanzar el cielo.

Diálogo con Cristo:

Señor, ayúdame a aprender la lección del evangelio, dame la fuerza para saber caer en la tierra y morir para dar fruto. Así como el grano muere y se transforma en una espiga dorada cargada de fruto, así quiero saber desprenderme de mí mismo para imitarte. De esta forma, al final de mi vida, podré morir para resucitar contigo.

«La transformación en Jesucristo no es obra de un día ni de un año; se requiere emplear en ello toda nuestra vida» ([Cristo al centro](#), n. 2038).